

Una pesquisa genealógica de la idea-fuerza de ‘identidad’. Aproximación psicosociológica

Luis Gregorio Iglesias Sahagún
Facultad de Psicología, U.A.Q.
greg@uaq.mx

*“Foucault ha eliminado la creencia en
los objetos naturales.
Un objeto nunca es exterior a las
prácticas que lo construyen,
a las estrategias que lo conforman”*

Félix Recio

En 1983 Torregrosa escribía “la identidad está de moda”, comentando que la expresión “crisis de identidad” propuesta por Erikson se había propalado e impregnaba el discurso cotidiano, el de los medios de difusión y de distintos observadores de la realidad social (cfr. Torregrosa 1983). Ciertamente a mediados de esa década Giménez (1986) —investigador del instituto de investigaciones sociales de la UNAM*—, reunió una bibliografía sobre temáticas en las que el denominador común era la identidad; en ella he encontrado, entre libros, capítulos de libros y artículos de revistas: 65 trabajos para la categoría “*Identidad étnica e identidad nacional*”; 184 para “*Identidad, identidad social, identidad cultural: planteamientos teóricos*”; 169 para “*Nación, Estado, identidad nacional*”; 19 para “*Región, identidad regional*”; 366 para “*Raza, etnia, identidad étnica*”.

Hay que decir también que en los últimos treinta años se fueron estableciendo y consolidando nuevos departamentos de facultad que en poco tiempo abordaban la cuestión de la identidad en alguno de sus múltiples flancos. Piénsese en los *Cultural Studies* surgidos en un pequeño departamento de Universidad en Inglaterra, o en los departamentos o centros de ‘Estudios de Género’ que han venido estableciéndose en distintas universidades y, en los años más recientes, en el espacio académico que se han abierto en Estados Unidos los estudios ‘*Queer*’ que según Herrero Brasas

(2000), han llegado a englobar el campo de estudios gays y lésbicos.

En suma, la identidad como objeto de investigación, comentario, crítica o tópico general de estudio, ha venido adelantando en ‘el ranking de la página más visitada’ entre los círculos de la cultura académica y universitaria. Por eso ha dicho Bauman (2001), que en el momento presente no hay ningún aspecto en la vida contemporánea que atraiga la atención de filósofos, científicos sociales y psicólogos en la misma medida en que lo hace el concepto de “identidad”, además de que los estudios sobre el tópico se vienen convirtiendo en una próspera industria por derecho propio; y “más aun cuando *la identidad* se ha convertido en una especie de prisma a través del cual se examinan los demás aspectos de la vida contemporánea”.

Ahora bien, quiero llamar la atención sobre el hecho de que la cuestión de la(s) identidade(s) ‘re’-aparece o es rearticulada en el discurso de la Psicología con el sesgo clínico peculiar del déficit y aun la patología. En los años finales de la II guerra mundial se detecta una nueva especie en los jardines del alma: el <<síndrome de crisis de identidad>>, con el que se buscaba “...describir el estado de algunos enfermos mentales que <<perdían el sentido de “mismidad” personal y de continuidad histórica>>.” (Bauman 2001, p. 169). Sin duda podemos ver, tras la nueva denominación, algo de las antaño conocidas <<neurosis de guerra>> (Brousseau 1920, Freud 1919, Ferenczi 1918). Por lo demás, el denominativo no parece haber superado la

* Universidad Nacional Autónoma de México. Se trata de material mimeografiado.

prueba del tiempo, a juzgar por su inexistencia en los registros colegiados y oficiales de la clínica: CIE 10 y DSM versiones III y IV. La mención nosográfica se justifica, en exclusiva, por su carácter de antecedente inopinado para la dimensión que habría de alcanzar una década más tarde esa expresión: “crisis de identidad(es)”. ¿Por qué hablo de ‘re’-aparición de la identidad en el discurso de la Psicología? Pues porque a finales del XIX y principios del XX un puñado de estudiosos (William James, Charles Cooley, G. H. Mead) habían formulado algunas consideraciones o elaboraciones teóricas, entre las cuales, por cierto, está una de las más potentes para la comprensión de aspectos concernidos por el concepto identidad: la teoría del ‘sí mismo’ de Mead.

En el campo de la Psicología académica fue Erikson quien propició, a partir de los años cincuenta, tal re-emergencia de la identidad, ahora como tópico de estudios disciplinarios. Este autor introdujo el enunciado “crisis de identidad”, para referirse al estado de confusión por el que pasaban los jóvenes como condición transitoria en su camino a la madurez. La crisis de identidad en un adolescente era entonces algo que entraba en los parámetros de la normalidad, o, al menos, de lo esperable, pero si ésta se manifestaba en una persona mayor había que pensar en algún proceso patológico (Erikson 1980, 1985).

Comenta Erikson que su mérito consistió en haber sido la persona que observó y dio nombre a lo que ahora (después de 1950) resulta evidente por sí mismo, la “crisis de identidad” (Ericsson, 1985). Concediendo, pues, a Erik Erikson el papel de introductor de una nueva temática a la agenda de la disciplina psicológica, cabe precisar que la incorporación que hace es la de un enunciado no elemental sino compuesto. No dice: ‘la identidad’, como objeto de estudio de la Psicología, sino ‘crisis de identidad’, en ello, precisamente, podemos advertir el grado o nivel de reificación de la identidad, de aquello que el término denote y refiera. No sólo se postula el término, no se propone meramente la noción de ‘identidad’ a su consideración o examen, sino que se predica en un enunciado compuesto, se dice algo de ella, se emite un juicio que cualifica a la identidad, esto

es indicativo de que se parte de darla por supuesta. Por reificación queremos decir su vigencia social efectiva, si cabe, su peso ontológico específico. He aquí, pues, un primer dato para la argumentación presente: *el término identidad emerge en el horizonte de conciencia de la modernidad tardía en un enunciado que le confiere una condición crítica. Crisis de identidad; la identidad en crisis.*

En cuanto al término ‘crisis’, entendemos su significado de ‘estado incierto en un proceso del que no se puede saber si devendrá hacia un curso de recuperación, ordenamiento, estabilidad, o por el contrario hacia el empeoramiento, es decir, desorganización e inestabilidad’. Por extensión, connota la idea de problema, dificultad y aun conflicto. Bien, pero ¿en cuanto a aquello que está en crisis?, es decir, ¿qué es, qué ocurre con la identidad? Primeramente, señalemos que el uso corriente en el lenguaje actual, no sólo en castellano sino en francés, inglés, portugués, catalán e italiano, p. ej., se verifica con el significado básico de ‘insumo o ensamble de atributos físicos y simbólicos que hacen reconocible a un sujeto, lo hacen legible a la sociedad’. Con la advertencia de que el sujeto puede ser sustituido por un grupo, una comunidad, una sociedad, pues, para decirlo con Maffesoli “la identidad atañe al individuo tanto como al agrupamiento en que se sitúa” (1994). Cabe agregar que ese significado al uso ha venido decantándose, en buena medida, a partir de los análisis, reflexión e investigación de los saberes especializados, *i. e.*, académicos. De hecho el énfasis puesto en la amplitud estrictamente individual del significado de identidad, proviene casi en exclusiva de ciertas vertientes de la Psicología.

Ahora bien, observamos que una parte significativa del dinamismo teórico, académico y publicitario (mediático) de la noción de ‘identidad’ ha corrido a cargo de disciplinas próximas a la Psicología y no de ella misma (Sociología, Antropología social, Filosofía). El auge de la atención sobre la identidad por parte de las disciplinas sociales y humanas prodiga especificaciones o categorías de la identidad: ‘identidad social urbana’ ‘identidad cultural’, ‘identidad nacional’,

'identidad de género', 'identidad colectiva', 'identidad étnica', 'identidad política', etc. Podemos acordar que el 'concepto en intensión' de la identidad da cauce a esta variedad modal de la identidad. Es decir, si el concepto significa "aquello que es igual a sí mismo", nada más consecuente que especificarlo para cualesquiera entidad; además que la propia definición conceptual de la identidad entraña de manera lógica la necesidad de contar con la diferencia: si y sólo si se parte de la diversidad en la que se inscribe lo diferente es viable reconocer lo idéntico.

Es sobre un fondo de multiplicidad y diferencias que tiene sentido pensar la identidad. Las diferencias son las que hacen reconocibles la multiplicidad de entidades, pero también de clases o categorías. Esta última consideración es la que prevalece operativamente en el discurso de las disciplinas sociales y por supuesto de la Psicología en la que, por cierto, el término pareciera, a veces, tener un uso más bien genérico y adjetivo, como cuando refiere o designa a uno o varios conceptos éstos sí más propiamente psicológicos, aunque sea por tradición, en tanto forjados en una conceptualización estrictamente psicológica y/o con usos y vigencias para problemas y asuntos típicamente abordados por los psicólogo/as. Conceptos tales como 'sí-mismo', 'autoestima', 'autoimagen' y 'autoconcepto'. En cualquier caso, queremos destacar el constructo de la "Identidad Social" desarrollado por el psicólogo social Henri Tajfel y cols. (1979), como uno en el que se advierte un franco peso sustantivo de la identidad como herramienta conceptual de la Psicología. La "Identidad social" se define como "la parte del autoconcepto de la persona que deriva de su conocimiento de ser miembro de uno o varios grupos o categorías sociales, junto con el valor y la significación emocional asociada a dicha pertenencia" Tajfel (1978, 1981). Se ha comentado (*v. gr.* Capozza y Volpato, 1996) que es la estructura psicológica que establece el vínculo individuo-grupo y permite los procesos y comportamientos categoriales. Pero hablar de estructura conlleva el sesgo y el riesgo de la reificación, en la senda de las ideas expresadas por William James (1920) y leídas por Erikson como "sentimiento subjetivo de identidad, que es un

sentimiento de mismidad y continuidad que experimenta un individuo en cuanto tal". Nos parece que resulta menos oneroso pensar en términos de un proceso o mecanismo: la identificación. Por supuesto que la conciencia de mismidad y continuidad es necesaria, incluso como salvoconducto para cualquier sentimiento que se quiera subjetivo; de hecho podemos reconocer en el "autoconcepto" (Markus 1977, 1985) la herramienta conceptual psicológica encargada de la atención al 'sí mismo' y a la continuidad de su duración.

Pero nuestro interés enfoca la condición relacional de la conciencia, se trata, pues, de una "conciencia de", habilitada por la determinación objetiva de estar/ser en un "campo de positividades" (Foucault 1970), ese fondo de multiplicidad y diferencias que mencionamos antes. Como expone Blanco, "la realidad de la persona y la del grupo sólo existe y adquiere sentido dentro de un marco comparativo" (Blanco 2004, p.12). Marco comparativo que resulta, si se nos permite la expresión, más imprescindible, toda vez que reconocemos el carácter intrínsecamente histórico de nuestros objetos.

Observamos, pues, un carácter dual del concepto de identidad, que desde su definición implica la diferencia. Esto es, no hay posibilidad de juzgar la condición de idéntico de algo sino a condición de que este algo pueda ser comparado y opuesto a lo diferente. Pero no sólo eso, sino que está la cuestión del trasfondo referencial del medio interactivo a partir del cual ha de formarse un autoconcepto, así como presentarse la ocasión para calibrar una valoración de uno mismo. Es decir, ¿contra qué criterios o parámetros el sujeto se examina y compara a modo de que se establezca una magnitud de aprecio de sí (autoestima)? Remisión ineludible a la dimensión del trasfondo conceptual, referencial y operativo, es decir, a los contextos, ámbitos, 'dónde' y 'cuándo' de la identidad: su circunstancia.

Es en este sentido que encuentra uno de sus salvoconductos nuestra pesquisa genealógica de la identidad en tanto que idea-fuerza, puesto que como nos recomendó Foucault, la genealogía en tanto procedimiento de investigación histórica es una opción estratégica que no se propone buscar 'el origen' sino

ocuparse de rastrear los comienzos, la procedencia y la emergencia de los sucesos. Al ocuparse en la emergencia de los sucesos, la genealogía aspira a mostrar que en cada comienzo existe un determinado estado de fuerzas enfrentadas, en el que una de ellas triunfó sobre las otras en ese estado de enfrentamiento permanente, permitiendo que el fenómeno emergiera.

Hemos partido de la constatación de una tupida red de discursos académicos, mediáticos, políticos y cotidianos que tienen por objeto o conciernen a la identidad; cabe pensar que tal red discursiva se densifica en una diversidad de otras prácticas concomitantes. Pero destacamos que este clamor de la identidad emerge transido a la noción de crisis, con esa cauda semántica de ‘dificultad’, ‘conflicto’, ‘problema’; como subtitula Castells el segundo tomo de su trilogía sobre *La sociedad red*: “el problema de la identidad”. Pero el hecho de que su aparición en el foro de nuestra conciencia modernotardía haya sido por el costado de la enunciación de su crisis, nos llevó a recordar la advertencia orteguiana de que el pensamiento se mueve cuando algo hace problema. También Erikson había enunciado casi cuarenta años atrás: “Empezamos a conceptualizar las cuestiones de la identidad en el momento mismo de la historia en que se vuelven un problema. Es que lo hacemos en un país que intenta crear una superidentidad de todas las identidades importadas por los emigrantes que lo integran; y lo hacemos en un momento en que la industrialización en rápido incremento amenaza por igual a todas las identidades esencialmente agrarias y aristocráticas en sus lugares de origen”. (Ericsson, 1972, p. 47). La identidad, pues, son una construcción de los sujetos singulares, de los individuos, sí pero en tanto cuanto lo son también de las sociedades y de las épocas.

Hemos precisado que tenemos frente a nosotros una re-aparición del tópico de la identidad en el discurso de la Psicología social y de las otras disciplinas sociales, pues a fines del s. XIX y principios del XX los trabajos de James, Cooley, Mead y Freud se significan como el primer abordaje y planteamiento científico, o por lo menos académico, de la temática de la identidad. Lo que debemos hacer notar ahora es el trasfondo histórico, el

contexto en el que se suscitan los acontecimientos y en el que tales discursos fueron articulados, es decir, el ámbito de emergencia de la identidad como una ‘idea-fuerza’ que, ‘dice’ al propio individuo o grupo y a los otros que se es ‘algo determinado’. De manera ostensible las dos últimas décadas del s. XIX en la vida de la sociedad estadounidense estuvieron atravesadas por una toma de conciencia de las diferencias, como se decía entonces, raciales, pero teniendo presente que lo racial, la raza a lo largo del s. XIX se convirtió en una suerte de matriz que determinaba la cultura, la moral, la inteligencia, la sensibilidad, la historia del grupo, etc. De ahí lo elocuente de la expresión del hombre de teatro, Disraeli, sobre su siglo: “¡Todo es raza!”. Pues bien, en los Estados Unidos la guerra civil o de secesión (1861-65) concernió directamente la concepción, trato y estatuto político y simbólico que la sociedad blanca, anglosajona y mayoritariamente protestante, tenía y confería a la población ‘negra’, transterrada por la fuerza desde África. Al conflicto armado le siguió un “periodo de reconstrucción” que se habría extendido, en apreciación de Richards (1997) hasta los primeros años de la década de 1880. Con lo cual, podemos decir, la sociedad estadounidense no había terminado de resarcir las heridas intestinas de la guerra cuando se vio envuelta en otro proceso de cambio y diversificación social y cultural: la creciente inmigración. Los flujos migratorios eran variados, nutridos y constantes; haciendo abstracción de la primera variable podemos comentar que por su dimensión y frecuencia, estos flujos de inmigrantes fueron, en la última década del XIX notables, en la primera del s. XX pasaron de llamativos a espectaculares y, para la segunda y tercera décadas, de 1911 a 1930, resultaron sencillamente alarmantes, al punto que en 1914 se aplicaron los primeros tests diseñados para inmigrantes: los “*Knox immigration tests*”, para la identificación de defectos mentales que eran evaluados por el *US Public Health Service*. Una década más tarde se registrará la verdadera profusión de estudios e investigaciones sobre la percepción del otro, la “escala de distancia social” de Bogardus, los estereotipos, los prejuicios y las actitudes. Pero acaso estemos llevando las cosas muy deprisa, señalemos

simplemente que fue en ese tránsito entre siglos, con sus correspondientes ‘márgenes de acotamiento’: hacia atrás, en el s.XIX, y hacia delante en el s. XX, donde podemos datar los resultados de los primeros esfuerzos por parte de estudiosos y académicos de la Psicología en sus pesquisas y tanteos en torno a lo que ahora nos referimos como identidad.

En Europa, entre tanto, el proceso de industrialización y efectos concomitantes se expresaban de modo consecuente, tanto en la práctica como en la teoría, en la formación de sindicatos, partidos proletarios, ligas de trabajadores anarcosindicalistas; en relación a todo este activismo, por supuesto, operaban el discurso teórico del anarquismo decimonónico y la nueva ciencia de la historia y la sociedad, que postulaba a la clase proletaria como el nuevo sujeto, colectivo, de la historia. Se extendió también, en el plano de lo que podemos referir como ‘sensibilidad ciudadana’, un monto variable de ansiedad frente a las que se denominaron las “clases peligrosas” –precisamente los trabajadores fabriles más bajos del escalafón, aquellos que desempeñaban oficios estigmatizados tales como buhoneros, deshollinadores, y por supuesto los desempleados. Esta ansiedad ciudadana frente a los “grupos e individuos peligrosos” encauzó todo un despliegue de medidas administrativo-policíacas correspondientes. Por lo demás, pensamos que todo esto tiene un correlato en el plano de los estudios eruditos y análisis teóricos, he ahí la articulación del discurso psicoanalítico por el costado de su afán por diseccionar psíquicamente al individuo humano. Pero también la aparición y desarrollo de los saberes frenológicos y craneométricos. Debemos recordar así mismo la emergencia en Gran Bretaña de la “eugenesia”, como momento álgido de la práctica de la higiene mental que se venía practicando desde mediados del XIX, y que se prolongará, sin solución de continuidad, en el “racismo científico” de las primeras décadas del s. XX. Las décadas finales del XIX fueron también en las que vieron la luz un conjunto de obras tales como: “Elementos de psicología de los pueblos” de W. Wundt, “Bosquejo psicológico de los pueblos europeos” de A. Fouillée, “Psicología de las lenguas y las razas” de A. Lefevbre, “Psicología de las multitudes” de

G. Le Bon, por citar algunas de los más egregios autores. Sin duda que el talante, el modo analítico de proceder y aun lo que hoy llamaríamos sesgos ideológicos de cada uno de estos trabajos terminaría por mostrárnoslos en una particularidad que exhibiría claras diferencias de unos y otros, pero la razón de mencionarlos aquí, en conjunto, es la del *leit motiv* que se insinúa atravesándolos a todos y cada uno: una caracterización genérica para comunidades o clases que, consecuentemente, impronta y habilita, para bien y para mal, a los individuos miembros de las categorías.

En definitiva, la cuestión de la identidad aparece en el momento en que hay problemas en el plano del reconocimiento y las relaciones entre las diferencias de una sociedad dada. Como ha dicho Bauman, el concepto de identidad no se incubó y gestó en la experiencia humana de manera “natural”, no surge de ella como una ‘verdad palmaria’, sino que procede, en principio, de las crisis de pertenencia a la que se ven sometidos grupos e individuos, bien porque mudan su lugar de residencia, voluntaria o involuntariamente, o bien porque viven la multiplicación de los diferentes, extraños, en sus propias locaciones de vida. También Laclau (1994) señala el carácter contingente, construccional de las identidades. No hay nada en sí mismas que las justifique de modo cabal, que las garantice, de ahí la avidez de identificaciones que es observable en las relaciones de los sujetos sociales.

En definitiva, la identidad es una categoría eminentemente relacional. No se sostiene, pues, una concepción esencialista o sustancialista de ‘la identidad’; no se la entiende como un dato unitario y totalizante –en el sentido de que abarcase y cualificase todas las expresiones y aspectos de la entidad o agente de la cual es ‘identidad’, sea un individuo, una familia, un pueblo, una ciudad, etc.–. Se trata en cambio de algo contingente y, por tanto, de un proceso. La identidad es una construcción que se hace desde y en relación a los dominios y marcos sociales en los que adquiere el sentido que la insufla.

Por lo tanto, y para concluir, he querido mostrar que la noción de ‘identidad’ re-aparece en la conciencia social reciente, y presente, asociada al significativo ‘crisis’,

además de que su construcción como objeto reflexivo se había desatado desde el s. XIX, como se ha argumentado, mediante un conjunto de aspectos que podemos colegir como problemáticos, críticos o conflictivos en cuanto a la relación entre las diferencias en la sociedad. Sobre ese trasfondo me permito plantear, pues, que los momentos y signos de las crisis van acompañados de una visibilidad y aún una turgencia social de la(s) identidad(es). Es en esos momentos cuando, por cierto, las identidades se muestran como vehículos y factores ellas mismas del reclamo, la confrontación, la negociación, en suma, conflicto de intereses. Hablar de crisis de identidades no debe hacer pensar en una declinación, debilitamiento o retiro de las mismas, al contrario, lo que quiero poner de relieve es que la crisis es lo que las hace visibles, las alienta, las provoca y desata.

Finalmente, para avanzar en la clarificación del argumento crítico a los usos esencializadores y de reificación del concepto de identidad, conviene advertir que 'la crisis' no puede pensarse como *de* las identidades, porque la crisis no está *en* ellas. Donde cabe registrar con celo empiricista el estado de equilibrios precarios, o la condición inestable de 'algo' es, en cambio, en las propias instituciones, prácticas o normas sociales, es decir, entre los aspectos de la cultura objetiva que trabajan como nichos o marcos sociales de la identidad: la profesión-ocupación, la cultura política, las prácticas y creencias religiosas, etc. Las condiciones de la crisis se ciernen y fraguan, por el contrario, en el campo relacional de intereses y fuerzas beligerantes, un terreno eminentemente estratégico en el que los actores y agentes sociales pueden asumir o padecer, según se trate de una elección o una imposición, a la(s) identidad(es), precisamente, como posición o movimiento táctico.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra.
- Blanco, A. (2004). El avasallamiento del sujeto, *Claves de razón práctica*.
- Brousseau (1920). *La peur aux armées*. Paris: These.
- Capozza, D. y Volpato, C. (1996). Relaciones intergrupales: perspectivas clásicas y contemporáneas. En R. Y. Bourhis y J-P. Leyens (eds.), *Estereotipos, discriminación y relaciones entre grupos*. Madrid: McGraw-Hill.
- Erikson, E.H. (1972). *Sociedad y Adolescencia*. México DF.: Siglo XXI.
- Erikson, E.H. (1980). *Infancia y sociedad*. Buenos Aires: Hormé.
- Ferenczi, S. (1974). Psychanalyse des névroses de guerre, en *Psychanalyse III, Oeuvres complètes*. Paris: Payot. Ed orig. [1918].
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. México DF. : Siglo XXI.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta.
- Foucault, M. (1983). *La verdad y las formas jurídicas*. MéxicoDF.: Gedisa.
- Fouillée, A. (1893). *Psychologie des idées-forces*. Paris: Félix Alcan.
- Freud, S. (1984). Introducción al psicoanálisis de las neurosis de guerra, en *Obras completas*, vol. 17. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laclau, E. (1994). *The Making of Political Identities*. London: Verso.
- Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria
- Markus, H. (1977). Self-schemata and processing information about the self. *Journal of personality and social psychology*.
- Markus, H. Smith, J. y Moreland, R.L. (1985). Role of de self-concept in the perception of others. *Journal of personality and social psychology* 49, 1494-512.
- Richards, G. (1997). *Race, Racism and Psychology*. London: Routledge.
- Tajfel, H. (1978). *Differentiation between social groups*. London: Academic Press.
- Tajfel, H. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. En W.G. Austin y S. Worchel (Eds.), *The social psychology of intergroup relations*. Belmont, CA: Wadsworth.
- Tajfel, H. (1981). *Human groups and social categories*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Torregrosa, J. Ramón (1983). La identidad personal como identidad social, en J. R. Torregrosa y B. Sarabia (coords.) *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispanoeuropea.